

MODALIDAD DEL CONOCER HISTORICO

FRANCISCO SIERRA GUTIERREZ

RESUMEN

El presente artículo se propone mostrar que el conocimiento histórico es un caso de conocimiento. Al escribir la historia, se manejan implícitamente teorías cognoscitivas y problemas epistemológicos relevantes que pasan generalmente desapercibidos tanto por los historiadores como por los filósofos.

El conocimiento histórico se ocupa de objetivar lo que se va gestando en la experiencia histórica para la posteridad; para ello, el historiador se vale de procedimientos que aseguran en gran medida una comprensión correcta. El proceso que aquí se señala es heurístico, selectivo, crítico, constructivo; proceso íntimamente ligado con el modo de proceder auto-correctivo, práctico, concreto, particular, inmediato, propio del sentido común. Finalmente se abordan los problemas de la inteligibilidad de los hechos históricos, el perspectivismo y la manera como éstos deben resolverse desde el interior de la comunidad de los historiadores profesionales.

0. EL ASUNTO Y SU IMPORTANCIA

Uno de los mayores logros del hombre contemporáneo ha sido la adquisición de una perspectiva histórica; realización tan significativa como la del desarrollo de una conciencia científica y tecnológica. Sin embargo, esta mentalidad que se ha ido gestando está urgida siempre de exámenes críticos que delimiten la especificidad de sus implicaciones y consecuencias en el saber y la acción humanos.

Por eso no basta con comprender las más variadas Teorías y Filosofías de la Historia, sino que es preciso llevar este esfuerzo hasta la comprensión de los procesos que permitieron elaborar dichas teorías y arriesgarse a la confección de una propia.

Recordemos, brevemente, cómo emerge la conciencia histórica, señalando un componente intelectual de este cambio revolucionario:

La consideración aristotélica respecto a la imposibilidad de una ciencia de lo accidental (Metafísica VI (E), 2, 1027ss), que perdura más o menos hasta fines del Siglo XVII, nos presenta el desarrollo del hombre a lo largo del tiempo como algo idéntico a sí mismo mostrado en "ahoras" sucesivos diferentes, "ahoras" irrelevantes, eminentemente accidentales. La verdadera Ciencia es la Metafísica, "La ciencia del Ser en cuanto Ser", de la cual derivan sus principios y conceptos básicos todas las demás ciencias mediante series de clasificaciones descriptivas.

Por otra parte, Aristóteles afirmaba el conocimiento de las causas como conocimiento cierto, seguro, necesario. Estos elementos de necesidad, verdad, certeza, causalidad, se daban inmediatamente en la objetivación técnica de los silogismos. Las premisas son verdaderas y ciertas, el término medio pone el fundamento de necesidad del predicado como pertinente al sujeto y la conclusión no se hace esperar. La metafísica aristotélica establece los principios necesarios y las conclusiones acertadas acerca del Ser en cuanto Ser y de todos los demás seres (1).

El desarrollo de la Ciencia Natural a fines del Siglo XVII reveló que las correlaciones empíricamente establecidas producían núcleos de términos y de relaciones básicos mucho más fructíferos que los que pudieran derivarse de la Metafísica aristotélica. La Escolástica del Siglo XIV no se preocupó por examinar empíricamente sus conclusiones silogísticas y se alzaron contra el verbalismo aristotélico. Los nuevos científicos asumieron como regla el no meterse con asuntos que no pudieran establecerse con apelaciones sucesivas a la observación y los experimentos. Newton, Laplace, Maxwell, explotaron a fondo las implicaciones de la verificación empírica acabando con la necesidad de las leyes naturales. Euclides, tenido por único e indubitable da paso a las múltiples geometrías de Riemann. Newton nos lleva hasta Einstein, Laplace contribuye a las probabilidades darwinistas de la emergencia y la supervivencia, Maxwell a los principios de indeterminación y de incertidumbre de Heisenberg, redescubriendo de este modo la distinción escolástica entre la necesidad metafísica y la necesidad física. La verificación se hace un asunto nuclear en el método empírico ya que la ciencia moderna no se preocupa con la inteligibilidad de lo que debe ser, sino con la inteligibilidad de lo que puede o puede no ser. Finalmente, los Universales que utiliza la ciencia moderna no son metas ni objetivos, sino simples herramientas que, mediante aproximaciones sucesivas cada vez más precisas, nos lleva a un conocimiento más íntimo y a un mejor control de lo concreto (2).

Pero la Revolución científica del S. XVII no es más que un paso para la noción de Historia del Siglo XIX. Las llamadas *Ciencias del Espíritu* de J. S. Mill, si bien siguen el ideal humano de reconocer en las ciencias morales analogías, regularidades y leyes por los métodos inductivos de las Ciencias Naturales, sacan a la luz fenómenos y desarrollos individuales que hacen posible pensar en una ciencia natural de la sociedad. Entre el espíritu de la ilustración y el espíritu Romántico, con Vico, Herder, Kant, Schleiermacher, Hegel, Droysen, Dilthey, va apareciendo cada vez más claro el primado de la experiencia de la vida del individuo y de la sociedad, como dato fundamental, para elevarlo a experiencia y conocimiento histórico (3).

- (1) Lonergan, B.J.F. *Insight, a Study of Human Understanding*, Philosophical Library, New York, 1970, Third Edition, 784 pgs., 366—367, 395—396. Recientemente en *Questionnaire*, Contribución al Congreso Internacional de Formación Jesuíta, Roma, 1978, pgs. 1 a 6.
- (2) Butterfield, H., *Los Orígenes de la Ciencia Moderna 1300—1800*, pgs. 7 ss., Taurus, Madrid, 1958, T.I.
- (3) Gadamer, Hans-Georg, *Verdad y Método*, Ediciones Sígueme-Salamanca, 1977, pgs. 31—74 y 225—267.

Los historiadores, entonces, toman conciencia de la imposibilidad de derivar sus términos y correlaciones básicas de una metafísica o de leyes comprobadas empíricamente. Les basta con expandir el Lenguaje de su propio tiempo y lugar para incluir modos de pensar, hacer y sentir de los períodos que investigan. Lo importante dentro de esta perspectiva no es ya constatar la naturaleza abstracta del hombre por sus objetos, hábitos, actos o potencias en toda situación, sino considerar a los grupos e individuos humanos tal y como son, en sus desarrollos culturales empíricos, en esa matriz temporal, conflictiva, concreta, dinámica, donde los hombres constituyen y transforman los sentidos y valores que dan forma a sus vidas. La Hermenéutica y la Filología se convierten en disciplinas auxiliares de la Historia implementando así el nuevo criterio de intelección que va más allá de la causalidad aristotélica y de las correlaciones lógico-matemáticas explicativas de las Ciencias Naturales (4). Los métodos histórico-críticos, además, enfatizan en el interior de las epistemologías propias a cada ciencia el proceso de formación del actual cuerpo de doctrinas, haciendo a un lado las consideraciones de formalización (5).

No pretendemos con este trabajo realizar la labor del historiador que pone en conocimiento el hecho histórico de la emergencia de la conciencia histórica en la humanidad, sino mostrar que en el proceso de la investigación histórica hay implicaciones filosóficas y problemas epistemológicos de relevancia, no siempre tenidos muy en la cuenta por filósofos e historiadores. Para ello abordaremos cuatro tópicos, primero: distinción entre experiencia histórica y conocimiento histórico; segundo: etapas en el conocimiento histórico; tercero: la Historia como modalidad especializada del conocimiento propio del sentido común y, cuarto: los hechos históricos y su inteligibilidad.

1. EXPERIENCIA HISTORICA Y CONOCIMIENTO HISTORICO

Si consideramos lo que hacemos cotidianamente o lo que hicieron otros hace tiempo, enfatizamos un 'qué' sobre el cual puede escribirse; ese 'qué' es la experiencia de los hombres a través del tiempo. Si consideramos, por otra parte, ya no el 'qué', sino los procedimientos, métodos, la actividad de escribir acerca de lo sucedido y nos inquietamos por el grado de credibilidad que se puede asignar a diversos autores que escriben sobre un mismo tema, enfatizamos la historia como conocimiento, como explicitación de lo sucedido experiencialmente en todas sus implicaciones y consecuencias. Dentro de la primera consideración cabemos todos los humanos que no podemos dejar transcurrir el tiempo como sonámbulos sin asignar un sentido y valor a la vida. Dentro de la segunda sólo caben personas que pueden formar o no un grupo, al que denominamos historiadores profesionales.

Ahondemos. Para Aristóteles el tiempo era el número o medida determinados por etapas iguales y sucesivas de un movimiento local; Copérnico sostenía la existencia de un tiempo estándar que no pedía ningún *Primum Mobile* como causa de los movimientos locales. Newton clasificó los movimientos en verdaderos y aparentes, siendo verdaderos aquellos que hacían relación al espacio y al tiempo absolutos. Finalmente, Einstein enfoca el asunto diciendo que existen tantos tiempos estándar como marcos de referencia inerciales haya en el movimiento relativo. Ahora bien, esta consideración científica

(4) Lonergan, B.J.F. *Questionnaire*, pgs. 1—6 y 23—24.

(5) Piaget, Jean, *Naturaleza y Métodos de la Epistemología*, Col. Lógica y conocimiento científico, Vol. 1, Ed. Proteo, B. Aires, 1970, pgs., 102—112.

del tiempo contrasta evidentemente con nuestra experiencia; hablamos de un presente psicológico y no entendemos por ello ni un instante, ni un punto matemático, ni un flujo de instantes indivisibles sino, más bien, un 'ahora' pausado, un lapso de tiempo que puede hacerse más lento o más rápido según permanezcan o cambien inesperadamente los objetos a que prestamos nuestra atención. Desde ese presente psicológico nos adentramos en el pasado recordando, haciendo memoria; ó nos dirigimos hacia el futuro planificado, anticipando, imaginando. Para estudiar la naturaleza, la noción einsteniana de tiempo es sumamente útil. Para estudiar la Historia también nos sirve esta noción, dado que tenemos que fechar acontecimientos; pero no es más iluminadora la noción psicológica de tiempo; el historiador investiga memorias de individuos, relatos, leyendas, símbolos, ritos, monumentos, acciones, palabras que han sido legadas a la posteridad (6).

La tarea del historiador, en un primer momento, se complementa con la del Exegeta que interpreta mitos, leyendas, símbolos; pero va más allá a descubrir tras las palabras y acciones de hombres pasados, el sentido, núcleos redondeados respecto a aquello que se *iba gestando* con las significaciones de los grupos particulares de lugares y tiempos particulares. Este *irse gestando* se entiende como la exclusión de la simple repetición de la rutina; como el cambio que origina las rutinas y su diseminación; como el proceso y el desarrollo pero, no menos, como la decadencia y el colapso. El *irse gestando* significa aprehender el significado de lo que, en la mayoría de los casos, los contemporáneos no saben porque viven preocupados de sus experiencias individuales, en tanto que la historia se preocupa por las experiencias de muchos; además, mientras el quehacer de los contemporáneos es una mezcla de errores, improvisaciones, temores, precipitaciones, el quehacer histórico no se preocupa de sumar experiencia tras experiencia sino de descubrir, subyacente a las experiencias, nexos interrelacionados de significados y factores operativos algo más que rutinarios (7).

Es el significado (meaning) lo que se encuentra en juego en el conocimiento histórico. Evidentemente, en el conocimiento de la naturaleza física, química, biótica hay significado; pero se encuentra restringido a términos y relaciones unívocos que le permiten levantar todo un aparato lógico y simbólico completamente coherente. Es mediante ese modo peculiar de expresión como el conocimiento de lo natural se hace universal y altamente probable. Si bien no hay una química latinoamericana y otra para irlandeses porque se eliminan los lugares y tiempos particulares como residuos empíricos (8), sí existe una historia bien diferente de los pueblos latinoamericanos y los demás pueblos del mundo porque se trata precisamente de datos bien particulares.

El paso de la experiencia histórica o historia existencial al conocimiento histórico consiste básicamente en una objetivación. Se trata de explicitar lo que se iba produciendo para la posteridad, lo que se iba entretrejiendo con la multiplicidad de sucesos, personas, símbolos en parte desapercibidos por los contemporáneos; y para ello, el historiador se guía con los procedimientos que aseguran en gran medida una interpretación correcta, pues su criterio de verificación difiere radicalmente del que utiliza el investigador de fenómenos naturales.

(6) Lonergan, B.J.F., *Method In Theology*, Herder and Herder, New York, Second Edition, 1973, pgs. 175 a 184.

(7) *Ibid.*, B.J.F., *Method...*, pgs. 183—185.

(8) Sobre la importante noción de Residuo Empírico ver, Lonergan, B.J.F., *Insight* pp. 25—32.

2. ETAPAS EN EL CONOCIMIENTO HISTORICO

Puesto que el conocimiento humano no consiste sólo en experimentar, sino en un compuesto de experimentar, entender, juzgar, actuar, así también el conocimiento histórico debe hablar de una experiencia histórica, un entender histórico, un juzgar histórico y un actuar histórico (9).

Los pasos se inician desde las instancias más simples de la composición de un diario, de una autobiografía y la biografía para tratar luego la historia de los grupos y la crítica entre los historiadores.

En un *diario* se hace memoria de lo transcurrido en un día anotando lo más relevante y despreciando los procesos rutinarios. Con el tiempo, nos podemos dar cuenta de eventos que antes considerábamos insignificantes pero que han cobrado relevancia; o inversamente, se anotaron cosas importantísimas de entonces que ahora no son más que anécdotas. Los diarios abultados de muchos años nos ayudan a reconstruir y escudriñar la propia memoria y la imaginación. Si quisiéramos re-editarlo hoy día, distinguiríamos contextos de problemas e intereses graduales: del mundo del hogar al mundo de la responsabilidad social; es decir, podríamos periodizar el diario estableciendo nudos concatenados de preguntas y respuestas. Haciendo esta mirada crítica al diario compondríamos una *auto-biografía*. El biógrafo, en cambio, no tiene la dificultad de explorar en el interior de la conciencia de la persona acerca de la cual escribe. Toma como dato los eventos recientes, acciones, decisiones, juicios de su personaje para llegar a comprenderlo como persona sabia, profunda o más astuta de lo que pensaba; pero no se contenta con hacer inteligible a su personaje para la posteridad desde una perspectiva puramente individual, sino que tiene que escribir integralmente con esa *vida*, los tiempos que vivió. Si se trata de aclarar más el proceso social y cultural, el horizonte debe ampliarse. El *historiador* se valdrá de muchas leyendas, monumentos, biografías, escritos para aclarar el funcionamiento real de la totalidad o de una parte notable de un período significativo de tiempo. Ahora bien, tanto el historiador como el biógrafo parten de datos asequibles por la investigación; luego, con la ayuda de una reconstrucción imaginativa de núcleos de preguntas y respuestas pertinentes a un centro de interés o importancia, pasa a confeccionar grupos relacionados de contextos limitados. Podríamos denominar las instancias simples mencionadas como una historia *pre-crítica*; compuesta mas o menos artísticamente, adentrándose en matices, distribuyendo alabanzas y recriminaciones, mostrando sin mucho rigor explicativo el origen de pequeñas comunidades, su desarrollo y contraste con otras; exaltando las propias realizaciones y añadiendo, quizás, pronósticos y profecías sobre su vida futura (10).

La etapa pre-crítica del conocimiento histórico no hace más que re-editar la experiencia histórica. La etapa *crítica* tiene por finalidad explicar lo que realmente sucedió, bien lejos de intereses políticos o apoloéticos. Para ello, el proceso de investigación histórica parte de datos sacados a la luz por un conocimiento previo; estos datos, en cuanto perceptibles aquí y ahora constituyen una evidencia potencial para el historiador. Sobre estos datos se puede preguntar, detectar un problema atinente a su interrela-

(9) Lonergan, B.J.F. *Method...*, Pg. 181. Sobre el conocimiento como estructura material y formalmente dinámica de operaciones intencionales y conscientes, ver del mismo autor; *Cognitive Structure*, en *Spirit as Inquiry*, Continuum 1964, North Central Publishing Co., St. Paul 2, Chicago Minnesota, Pgs. 230 a 242.

(10) Lonergan, B.J.F. *Method...*, pgs. 183—185.

ción, conexión, significación dentro de un contexto; la intelección que surja puede tomarse como una conjetura, una sospecha que va sugiriendo imágenes que conducen a nuevos interrogantes pertinentes; aquí tiene ya el historiador un tipo de evidencia formal; es decir, que los elementos en juego convergen mucho más hacia una intelección creciente y objetiva. Este proceso puede ser recurrente y mostrar luego de muchas vueltas que la pregunta es falsa o que las pistas que se estaban confeccionando no anudan bien los datos hacia una sola perspectiva. Si el proceso se detiene es preciso contrastar con datos posteriores y nuevas críticas, de modo que, en algún momento, se pueda invocar la evidencia formal dentro de un juicio histórico constituyéndola así como evidencia actual (11).

El proceso mencionado es selectivo puesto que no todo dato o evidencia potencial se convierte en evidencia formal o en evidencia actual; también es constructivo porque hay que interrelacionar los datos seleccionados con series concatenadas de preguntas y respuestas hasta formar la visión de un todo; finalmente, el proceso es crítico: se compone no sólo de intelecciones sino también, de negaciones significativas de sospechas previas; traslada datos de un contexto y uso a otro para indicar aspectos relevantes para un momento presente; formula juicios: la aprehensión alcanzada sobre un determinado punto puede complementarse, revisarse, solamente si se pueden hacer descubrimientos posteriores sobre este mismo asunto. Dichos descubrimientos se hacen si emergen preguntas ulteriores relevantes; si de hecho no hay más preguntas relevantes entonces, de hecho, un determinado juicio será verdadero. Si, a la luz del conocimiento que posee el historiador no hay más preguntas ulteriores relevantes, entonces el historiador puede decir que, hasta donde él conoce, el asunto está clausurado (12).

Lo típico de la historia crítica consiste en que este proceso ocurre dos veces. En la primera es heurístico, anticipatorio, extático, selectivo, crítico y constructivo con la intención de precisar de qué estaban al corriente los autores. En la segunda, el proceso tiene las mismas características anteriores pero ya con la intención de *comprender lo que se iba gestando* en los grupos, en una comunidad nacional o en la comunidad mundial. Ambos desarrollos son interdependientes; conducen a comprender mejor los acontecimientos históricos y sugieren mutuas revisiones en los trabajos de los investigadores (13).

El trabajo hecho por un historiador en particular debe completarse con los juicios que otros historiadores hagan a su obra y con los juicios que los sucesores emitan posteriormente. Como mínimo de clasificación hablaríamos de una base compuesta por los artículos históricos y los libros, luego los escritos críticos en donde se comparan y evalúan los escritos históricos, finalmente se encuentran las opiniones ponderadas de historiadores profesionales acerca de los historiadores y sus críticas. Aquí se trata más que todo de la determinación de "paradigmas compartidos" (14), por una comunidad científica en un momento dado, sobre la interpretación que parece más correcta de lo sucedido en alguna época, lugar y grupo particular. Dichas opiniones científicas son de gran valor para los educadores, comunicadores, ideólogos, políticos, filósofos, puesto que reducen consi-

(11) *Ibid.*, pg. 186.

(12) *Ibid.*, pg. 191.

(13) *Ibid.*, pg. 189.

(14) Sobre la noción de "Paradigmas compartidos" ver: Kuhn, Thomas S., *La estructura de las revoluciones científicas*, Breviarios, F.C.E., México, No. 213, 1975, Cap. V.

derablemente los esfuerzos en la clarificación de la crisis contemporáneas y las tareas futuras (15).

3. LA HISTORIA: UN CONOCIMIENTO ESPECIALIZADO DEL SENTIDO COMÚN

El proceso descrito anteriormente que parte de la historia pre-crítica hasta la historia crítica deja implícitos algunos elementos, que, *'caeteris paribus'*, conducen a un conocimiento histórico de gran objetividad. Comencemos precisando el nombre de Sentido Común.

Una primera significación de este término la encontramos en el *ideal retórico* de la antigüedad clásica; el "hablar bien" comprendía no sólo el arte de hablar o de decir algo bien sino de decir lo correcto, lo verdadero. Frente a las gratuitas especulaciones de los sofistas era necesario hablar de la verdadera sabiduría sobre la vida y hacia allí se dirigía la mayéutica socrática. La oposición entre el erudito de escuela y el sabio halla su expresión conceptual de *sophía* y *phrónesis* en Aristóteles, confundándose luego con la ciencia jurídica romana, donde se enfatiza el ideal práctico de la *phrónesis* frente al teórico de la *sophía*. La Ética a Nicómaco saca a la luz la oposición entre saber técnico y práctico. La *phrónesis* es una forma de saber orientada a la situación concreta, a la infinita variedad de circunstancias; lo concreto individual es asumido bajo principios generales, pero no con el ideal científico válido solamente para la metafísica, sino con un motivo positivo, ético; con intención de orientar la voluntad hacia lo correcto. Por eso no es una simple habilidad, sino una 'virtud dianoética' o manera de determinarse el ser ético: es el desarrollo de la actitud ética del hombre en contra de la idea platónica del "bien" (16).

El *Sensus communis* de Tomás de Aquino, por otra parte, significa la raíz común de los sentidos externos o también la capacidad de combinarlos que juzga sobre lo dado, una capacidad que ha sido dada a todos los hombres; es el rendimiento cognoscitivo de los sentidos externos lo que aquí importa (17).

Para Giambattista Vico, el *Sensus communis* no consiste solamente en cierta capacidad general propia de todo hombre, sino en el sentido que funda la comunidad. Lo que orienta la voluntad humana no es la generalidad abstracta de la razón, sino la generalidad concreta que representa la comunidad de un grupo, de una nación o del género humano en su conjunto. No se trata de un saber por causas, sino de una cierta elocuencia que permite hallar el derecho de lo *verosímil* frente al equivalente de lo verdadero y lo justo de la tradición aristotélico-tomista. La formación retórico-humanista debe educar en la adquisición de esta perspectiva (18).

Shaftesbury no enfatiza el sentido común como un derecho natural conferido a todos los hombres sino como una virtud social, una *simpatía* sobre la cual descansa la moral y la estética. Thomas Reid habla del *good sense* como remedio contra la metafísica especulativa; la filosofía del sano entendimiento también sirve para dirigirnos en los

(15) Lonergan, B.J.F., *Method...*, Pg. 194.

(16) Gadamer, H—G., *Verdad y Método*, Ediciones Sígueme, Salamanca, 1977, Pg. 51.

(17) *Ibid.*, Pg., 52.

(18) *Ibid.*, Pg., 50.

asuntos comunes de la vida donde nuestra razón nos deja en la oscuridad, pero es, además, fundamento para una filosofía moral que haga justicia a la vida de la sociedad.

En Bergson-*Le bon sense*- describe el genio para ajustarse a las situaciones nuevas y siempre cambiantes; mientras que los otros sentidos nos ponen en relación con las cosas, el sentido común nos pone en relación con las demás personas; se trata de un tacto, de una verdad práctica que posibilita la rectitud de juicio. El *bon sens* es la fuente común del pensamiento y la voluntad que evita tanto las deficiencias del dogmático científico como las del utopista metafísico; orienta al pensamiento y a la voluntad en un sentido moral y político (19).

Posteriormente, con la filosofía alemana de la época de Kant y de Goethe, afirma Gadamer, se despojó por completo al sentido común de su significado crítico y político. Se entendió por este vocablo una capacidad teórica, la de juzgar, que apareció al lado de la conciencia moral y del gusto estético; de este modo se lo encasilló en una escolástica de las capacidades fundamentales cuya crítica realiza Herder, convirtiéndose así, en el terreno de la estética, en un precedente del historicismo. En la auto-reflexión de las ciencias del espíritu del S. XIX esta tradición de Vico no tuvo la suficiente importancia (20).

Pero lo que es común en todas estas instancias no es tanto el contenido sino el *procedimiento*. Mientras a la ciencia empírica le compete determinar las relaciones de las cosas entre sí, al sentido común le compete las relaciones de las cosas con nosotros y las de nosotros con nuestras propias vidas y con nuestros semejantes. Estas relaciones aprehendidas por el sentido común se sitúan entre dos variables; por una parte, el sentido común es un desarrollo del sujeto con el cual se relacionan las cosas; por otra, el sentido común efectúa un desarrollo en las cosas con las que nos relacionamos. Ambos desarrollos están sujetos a aberraciones; así como hay un surgimiento espontáneo de preguntas, una acumulación de intelecciones, una colaboración para su examen, incremento e implementación, puede ocurrir una acumulación de los efectos del rechazo de las intelecciones. En el sujeto, tal rechazo suele ser inconsciente, crea conflictos psiconeuróticos, se opone al juicio racional y a la elección deliberada. En un plano más externo, el rechazo se racionaliza con distinciones entre teoría y práctica, se exterioriza con el conflicto y la desintegración social, se respalda en un principio implícito en la dialéctica: que la praxis tiene éxito sobre la teoría por tomar la ruta más corta obviando las preguntas ulteriores relevantes y pertinentes. Podríamos, formalmente, enunciar la noción del sentido común como una serie de intelecciones habituales pero incompletas, que deben complementarse con las variaciones apropiadas en todo agregado de circunstancias concretas que reclaman el discurso o la acción. El sentido común es, pues, un modo de desarrollo intelectual que pretende un dominio de lo particular y lo concreto, el cual alcanza, también de un modo concreto y particular que contrasta con las reglas generales de la lógica y de las ciencias naturales; las diferenciaciones intrínsecas del sentido común no son teóricas, sino que se deben a diferencias empíricas de tiempo y lugar, circunstancias y entornos, e innumerables lenguajes ordinarios en que se expresa (21).

Es importante, pues, fundamentar los estudios filológico-históricos y las formas de trabajar de las llamadas Ciencias del Espíritu, en una noción adecuada de Sentido Co-

(19) Ibid., Pgs. 54 a 56.

(20) Ibid., Pgs. 57 y 61.

(21) Lonergan, B.J.F., *Insight...*, op. Cit., Pgs. 173 a 244.

mún. La existencia moral, estética e histórica del hombre, configurada en hechos y obras, se aleja de toda demostración por causas y se hace accesible en ella misma y en su desarrollo. La forma de conocer del conocimiento histórico no consiste en dar fe a testimonios ajenos persuasivos, sino más bien en encontrar o descubrir elementos que se experimentaron, sintieron y representaron, pero no se conocieron suficientemente. La historia crítica debe ser conciente del problema que plantean las minuciosas variedades del sentido común y que influyen en los criterios de selección, los puntos de vista y en el mayor o menor control objetivado de los juicios de valor de los historiadores; de este modo podrá proporcionar resultados más objetivos. La historia crítica es, entonces, una modalidad especializada del conocimiento propio del sentido común.

4. LOS HECHOS HISTORICOS Y SU INTELIGIBILIDAD

El numeral anterior hacía énfasis en el argumento de la posibilidad del conocimiento histórico mediante una adaptación a los procedimientos espontáneos y cotidianos de la inteligencia humana, adaptación que exigía ser aprehendida en sí misma. Este último tópico mostrará cómo los historiadores emplean teorías cognoscitivas, más o menos adecuadas, que fácilmente los comprometen en asuntos filosóficos difíciles de manejar. Para exponerlo acudiremos a algunos de aquellos historiadores que han tratado de determinar, total o parcialmente, lo que están haciendo cuando hacen historia. Los supuestos que vamos a destacar, que no se excluyen necesariamente unos a otros, reflejan comprensiones teóricas muy diferentes sobre el conocer histórico.

a) Determinar

Hacia finales del Siglo XIX, la autorreflexión de las modernas Ciencias del Espíritu, examina el quehacer histórico y, despojándose de las connotaciones moralistas de la orientación de Vico, procura hacer de la Historia una disciplina científica autónoma. J. G. Droysen (1808—1884) denuncia la necesidad de una justificación, delimitación y articulación teórica de la Historia como ciencia. Sus conferencias constantemente revisadas sobre la enciclopedia y la metodología de la Historia, condensadas en un sólo volumen titulado: *Historik. Vorlesungen über die Enzyklopädie und Methodologie*, hrsg. von Rudolf Hubner, Müncher, 4 1960 (22), señalan que el historiador no determina primero los hechos y luego descubre sus interconexiones; por el contrario, los hechos y las interconexiones forman una sola pieza que constituye a la realidad histórica en la completez de sus condiciones y en el proceso de su emergencia; juntas se descubren por un proceso interpretativo guiado por la máxima *forschend verstehen*, avanzar por la investigación a la comprensión (Noción que aclararemos en el literal c). La interpretación histórica, entonces, se mueve hacia la realidad histórica, aprehendiendo las series de acontecimientos, primero en sus conexiones internas, luego en sus dependencias de la situación, posteriormente a la luz del comportamiento psicológico de los agentes y, finalmente, como una realización de intereses e ideas. Es mediante esta cuádruple aprehensión del significado y sentido como los acontecimientos se revelan en su realidad propia (23).

(22) Citado por B.J.F. Lonergan, *Method...*, Pg. 198.

(23) *Ibid.*, Pg. 199.

Pero Droysen tomó como modelo para la crítica histórica la crítica textual filológica y son dos cosas distintas. El crítico de los textos afirma hechos objetivos, es decir, determina el estado original del texto. El Crítico de la historia va al significado y sentido del texto. El análogamente llamado "Texto" histórico se compone de unidades complejas que resultan de multiplicidad de acciones e interacciones de los individuos, que repercuten en el espacio y en el tiempo y que no se pueden observar con un simple acto de percepción sino que deben ensamblarse en una unidad interpretativa singular (24).

Ernst Bernheim publica en 1905 su monumental *Lehrbuch der historischen Methode*, (Manual para la enseñanza de método histórico) para sostener también que la determinación de los acontecimientos y la aprehensión de sus interconexiones son interdependientes e inseparables (25).

Con *C. Langlois* y *C. Seignobos* emerge una clara distinción y separación entre la determinación de los hechos históricos y la determinación de sus interconexiones; distinción que tendría su fundamento en la noción predominante de ciencia natural en los círculos positivistas y empiristas del S. XIX. En su *Introduction Aux études historiques* sostiene que, las operaciones mentales de los historiadores deben llevar a los documentos hasta el punto de asemejarse a los datos "objetivos" de las ciencias naturales, pero sin abstraerlos tanto de su contexto original que se reduzcan prácticamente a nada; esta ambigüedad llevó a Langlois al final de su vida a reproducir documentos seleccionados (26).

b) Interpretar

Una de las profundas ilusiones de los historiadores del S. XIX consistía en presentar todos los hechos y dejarlos hablar por sí solos; *Carl Becker* sostuvo en los Estados Unidos desde 1910 que es imposible presentar todos los acontecimientos y que, si se pudieran presentar, esas miserables cosas no dirían nada. La inteligencia del historiador debe especializarse en componer, ensamblar, revisar, orientar y delimitar con significado los acontecimientos históricos, antes de proponerlos como conocimientos históricos (27).

R. G. Collingwood, en Inglaterra, enfatiza las actividades constructivas del historiador. Ha habido algo así como una Revolución Copernicana en el estudio de la Historia ya que se ha hecho cada vez más crítica y constructiva; se trata de una nueva lógica donde las preguntas son más importantes que las respuestas; los procedimientos críticos deciden cómo utilizar las fuentes y los procedimientos constructivos posibilitan llegar a resultados que no conocieron los autores de las fuentes. De ahí que el historiador sea él mismo la autoridad, con autonomía de pensamientos y poseedor de un criterio al cual deben referirse otras autoridades para poder criticarlo. Los procedimientos críticos y los constructivos son compatibles (28).

Henri-Iréné Marrou, a mediados del presente siglo, sostiene en *De la connaissance historique* que la tarea del historiador no se limita a eliminar errores y decepciones. Los documentos se emplean de muchas maneras y la tarea propia del historiador consiste en entender con precisión sus documentos, aprehender lo que directa o indirectamente revelan al usarlos inteligentemente. Marrou pasa del simple criticismo de los documentos

(24) *Ibid.*, Pg. 199.

(25) *Ibid.*, Pg. 200.

(26) *Ibid.*, Pg. 201.

(27) *Ibid.*, Pg. 203 a 204.

(28) *Ibid.*, Pg. 205—6.

a la tarea de su comprensión; de este modo insiste en la continuidad e interdependencia de la comprensión de los documentos importantes y la comprensión del curso de los acontecimientos. Se comienza determinando un tópico, ensamblando una lista de documentos relevantes, anotando su confiabilidad; esto sería apenas un esquema abstracto. Posteriormente se avanza hacia el conocimiento como en espiral; al incrementarse el conocimiento de los eventos se arrojan nuevas luces sobre el carácter de los documentos. Se replantea la pregunta original; lo que se consideraba irrelevante en cierto momento cobra importancia. Aparecen nuevos hechos y así el historiador se va familiarizando más con su investigación, para adquirir intimidad en la aprehensión del significado, el horizonte y valor de sus documentos y llegar a determinar el curso de los acontecimientos que estaba oculto antes (29).

c) "Comprender" (30)

A la interpretación gramatical de los textos, propia de los teólogos tridentinos y de los humanistas filólogos que querían redescubrir la literatura clásica, Schleiermacher (1768—1834) añade una interpretación psicológica (Técnica); se trata de un comportamiento divinador, un entrar dentro de la constitución completa del escritor, una reconstrucción que parte del momento vivo de la concepción, del punto germinal de los textos y obras artísticas. No busca un pensamiento objetivo común sino un pensamiento individual en el momento de su libre exteriorización (31).

Fue Wilhelm Dilthey (1833—1911) quien se dió cuenta que la crítica de la Escuela Histórica Alemana a la construcción idealista *a priori* de Hegel se acercaba más al idealismo que a normas e ideas empiristas. Reconoció que el éxito de la escuela constituía un nuevo dato para la teoría cognoscitiva y se propuso trabajar desde allí (32). El paso básico de Dilthey puede concebirse como una transposición del pensamiento Hegeliano idealista del espíritu (Geist) al de realidad de la vida (Leben), apunta el canadiense Lonergan (33). El espíritu objetivo de Hegel regresa, pero ahora se convierte más precisamente en la integral de la objetivación efectuada en la vida humana concreta. La vida se expresa ella misma y en su expresión se hace presente lo expresado.

De allí podemos concluir que los datos de la Interpretación o de la Historia no están dados propiamente; por sí mismos, antes de toda interpretación, son expresiones, manifestaciones, objetivaciones de la vida humana; cuando estos datos se comprenden por una labor hermenéutica, se comprende también la vida que se expresa. Así como el intérprete expresa y comunica su comprensión, así también las objetivaciones de la vida son la interpretación viviente de la propia vida (34).

Las múltiples expresiones de la vida humana revelan, no sólo en conjunto, sino también individualmente, la dirección y el sentido de una vida. Se da entonces la posibilidad de un entender histórico; al poder comprender singularmente una expresión de vida, se pueden comprender las interconexiones e interdependencias de esa vida con la de otros. En esta tarea, tanto el historiador como el investigador de ciencias humanas, deben in-

(29) Ibid., Pg. 207—8.

(30) El proceso de desarrollo desde una Exégesis teológica a la hermenéutica de la Ilustración y del Romanticismo nos la presenta en detalle H.G. Gadamer, *Verdad y Método*, Pgs. 225 a 276, nuestra aproximación a este texto se ocupa esquemáticamente del significado del término.

(31) Gadamer, H—G., op. cit., pgs. 204—1 ss.

(32) Ibid., Pg. 35.

(33) *Method...*, pag. 210.

(34) Ibid., Pg. 211.

tegrarse y así captar el curso inteligible de los acontecimientos y la especificidad de estructuras recurrentes en los grupos o en los individuos (35).

La posición de Dilthey, afirma Gadamer, no rompe suficientemente con los lineamientos empiristas e idealistas; E. Husserl (1859—1938), reconoce que el pensamiento y juicio humanos no se reducen a simples acontecimientos psicológicos, sino que siempre tienden a, se refieren o significan objetos distintos de ellos mismos (36).

Por otra parte, Martín Heidegger (1889—1976), subraya cómo todos los proyectos humanos son productos de la comprensión o *Dasein*; esta comprensión fundacional es la forma originaria de realización del ser-ahí y se constituye en la posibilidad de ser del hombre (37). Con el desarrollo de estas dos últimas posiciones se origina la universalidad de la estructura hermenéutica: así como la interpretación procede desde la comprensión de una expresión, así también, esta expresión en sí misma procede de una comprensión de lo que pueda significar ser hombre (38).

Ahora bien, sin querer establecer una polémica en torno a las palabras, puede afirmarse que *Insight* y *Understanding* (Intelección, entender), tienen un rango más amplio y preciso que la connotación y denotación de *Verstehen*. La intelección ocurre en todo conocimiento humano, matemáticas, ciencia natural, sentido común, filosofía, ciencias humanas, historia, teología. Ocurre como respuesta a una investigación y con respecto a presentaciones sensibles o representaciones incluyendo símbolos y palabras de todo tipo. Consiste centralmente en una aprehensión de unidad inteligible o relación en los datos, las imágenes o los símbolos. Es el fundamento activo de donde proceden la definición, la hipótesis, los conceptos, la teoría y el sistema. Es un procedimiento inteligente e inteligible de índole preconceptual (39).

Por otra parte, se pueden remover lineamientos empiristas o idealistas presentes en los autores mencionados, entendiendo que la experiencia y la inteligencia tomadas en conjunto no producen conocimiento sino pensamiento. Para pasar de lo que se piensa a lo que se conoce, se precisa de una aprehensión reflexiva y crítica de lo virtualmente incondicionado y de su consecuencia racional en el juicio (40). Es en este dominio donde se establecen los hechos históricos y donde se determina su significación. El proceso de intelección o de comprensión como un "familiarizarse" (41), ya ha sido subrayado suficientemente; éste no se queda en infinitos círculos hermenéuticos sino que converge en afirmaciones o negaciones razonables.

Existen pues, en el conocimiento histórico dos procesos desde los datos a los hechos que son distintos pero interdependientes. En un primer proceso los datos están aquí y ahora, son huellas perceptibles, monumentos, documentos, obras de arte, recuerdos, recuentos; desde allí el historiador se empeña en constatar el origen y evaluar la confiabilidad de la información de que dispone; los hechos a los cuales llega este primer proce-

(35) Ibid., Pg. 212.

(36) Gadamer, H—G., *Verdad y Método*, op. cit., pgs. 305—318.

(37) Ibid., pgs. 319—330.

(38) Lonergan, B.J.F., *Method...*, pg., 212.

(39) Ver, Lonergan, B.J.F., *Insight...*, Preface, Introduction, C. I. y *Method...*, pgs. 3—25, 213, 188, 190, 260, 229, 272, 179.

(40) Sobre la naturaleza de esta operación, ver: *Insight*, Caps. IX—X.

(41) Ver, H. Seiffert, *Introducción a la Teoría de la Ciencia*, Ed. Herder, Barcelona, 1977, pgs. 320 a 326.

so consisten en series de proposiciones obtenidas de las fuentes y señaladas bajo un índice de mayor o menor confiabilidad. En cuanto sean confiables, nos suministran la información sobre el pasado; esta información no es aún conocimiento histórico sino experiencia histórica; no es todavía la visión redondeada de lo que se *iba gestando* en un tiempo y lugar dados; es simplemente un conjunto ordenado de datos para el descubrimiento de los hechos históricos. En un segundo proceso, mediante la labor interpretativa del historiador, desplegada ahora sí en toda su imaginación y riqueza, se reconstruyen en unidad las informaciones fragmentarias y emergen los hechos históricos propiamente dichos.

El hecho histórico, por consiguiente, tendrá la concreción de un objeto de la experiencia interna o externa; tendrá la precisión de un objeto de pensamiento y conceptualización; tendrá la obstinación o contumacia de lo que se ha aprehendido aproximadamente como virtualmente incondicionado y como algo probablemente independiente del sujeto conocedor (42). Es evidente que el historiador no nos tiene que ofrecer una teoría cognoscitiva, pero esto no lo libra de utilizar alguna en su composición histórica; de ahí la necesidad que tiene de apropiarse de instrumentos filosóficos que corten con suposiciones idealistas y empiristas básicamente.

d) **Perspectivismo** (43)

La razón por la cual el historiador no se puede escapar de su situación concreta se encuentra en el hecho de que el desarrollo del conocimiento histórico no admite una objetivación sistemática. Su punto de partida no son teorías aceptadas genéricamente, ni series de postulados o de axiomas; se encuentra en la complejidad de la realidad histórica desarrollando su inteligencia a la manera del sentido común. Entre más cultivado sea el espíritu del historiador, va a ser mucho más amplia su experiencia, va a abrirse más a todos los valores humanos, va a ser más competente y riguroso su entrenamiento, se va a engrandecer su capacidad de comprender el pasado.

Allí donde el relativismo pierde la esperanza de alcanzar la verdad, el perspectivismo subraya la complejidad de la tarea del historiador y la diferencia que existe entre su asunto y otros conocimientos. De un modo genérico, el perspectivismo se refiere a cualquier caso en que los historiadores hablan sobre el mismo tema pero desde horizontes diferentes. Con más precisión, se refiere no a las diferencias que emergen de los errores humanos, de los juicios erróneos de posibilidad, probabilidad, hecho y valor; ni de las diferencias que emergen de la competencia individual, la falta de habilidad, la testaruz.

El significado del perspectivismo emerge de tres factores: Primero: el historiador no tiene una información completa ni puede comprenderla totalmente; luego se abre a la posibilidad de nuevas fuentes, de nuevas interpretaciones, de nuevas afirmaciones o negaciones que falseen casi por completo sus conclusiones anteriores. Si no fuera así, la realidad histórica tendría estructuras inequívocas y no habría problemas de selección ni de interpretación. Segundo: el proceso de selección de datos, tópicos, asuntos significativos, no está sujeto a los controles objetivados ni en sí mismo ni en sus condiciones iniciales. Tercero: el proceso histórico mismo y, dentro de él, el desarrollo personal del historiador da lugar a que emerjan diferentes puntos de vista; de allí se derivan los diferentes procesos selectivos, desde los cuales aparecen historias diferentes que no se contradicen,

(42) Sobre los datos, ver *Insight*, pp. 73 ss.; sobre los hechos, *Ibid.*, pp. 331, 347, 366, 411, ss. y *Method...*, pp. 201 a 203.

(43) Ver, *Method...*, pgs. 214—220.

ni agotan completamente la información ni la comprensión; es decir, que se presentan como simples aproximaciones descriptivas de una realidad enormemente compleja (44).

Con la afirmación del perspectivismo se rechaza la mentalidad de que el historiador solamente tiene que narrar todos los hechos y dejarlos hablar por sí mismos. Se pone de manifiesto también que la historia es no solamente asunto del pasado sino del presente; en la composición histórica se auto-revela el historiador su medio y sus tiempos.

En orden a la mayor aclaración del perspectivismo conviene ahora abordar dos preguntas pertinentes: puede el historiador comprometerse con fines culturales y sociales o se desprende de las contratendencias que estos fines le puedan ocasionar?... y, se puede afirmar que la historia es un dominio libre de juicios de valoración?

Respecto al primer interrogante diríamos que todo compromiso de orden social, político, cultural es más eficaz, auténtico y razonable cuando está precedido de copiosas evidencias sobre el comportamiento del grupo a que se pertenece; el historiador, entonces, procede de un modo remoto en orden a sus fines y políticas presentes, puesto que su interés inmediato consiste en determinar lo que se iba gestando en el pasado; si esta tarea no se realiza propiamente no habrá beneficio objetivo ni para la historia misma, ni para la implementación de las políticas sociales presentes. Pero, por otra parte, el historiador está sujeto a contratendencias de orden individual y que son estudiadas por la psicología profunda, está sujeto a contratendencias sociales que suscitan un egoísmo de grupo, una aberración por la nacionalidad, está sujeto al prejuicio e interferencia general que sostiene la omnicompetencia del conocimiento propio del sentido común para todo universo de realidad y de discurso; pero, señalar esta sujeción a diversas interferencias no significa otorgarles a éstas un carácter determinista, o defender el ideal de un historiador receptivo, sino mostrar una vez más la necesidad que tiene el historiador de revisar sus propios procesos y de reconocer sus limitaciones explícitamente.

Como el historiador no está directamente comprometido con las políticas presentes ni puede amañar sus investigaciones en pro de uno u otro sector dominante de su grupo social actual, en ese sentido está libre de valores. Dado que los juicios de valor no determinan cuestiones de hecho ni constituyen su evidencia empírica, en ese respecto, el historiador está libre de juicios de valor. Pero, por otra parte, el historiador no prescinde de todo juicio valorativo puesto que son estos juicios los que le orientan su trabajo de selección de asuntos que es valioso conocer, son estos juicios los que permiten dejar sabiduría, contenido, huella, de nuestras vidas en la historia escrita (45).

Al hablar de juicios de valor se tiene muchas veces la impresión de que se están introduciendo en las investigaciones y teorías caprichos individualistas; por eso conviene distinguir entre los verdaderos juicios de valor que emergen de la autotranscendencia moral y por ello se hacen objetivos y, los falsos juicios de valor que son subjetivos y caprichosos en cuanto representan fallas y frustraciones para efectuar la auto-trascendencia moral del investigador (46).

(44) *Ibid.*, pg. 218.

(45) *Ibid.*, pp. 232-3.

(46) *Ibid.*, p. 233. Respecto a la especificidad de las operaciones de la reflexión práctica, la deliberación, evaluación, decisión y acción, ver: *Method...*, especializaciones funcionales *Dialéctica y Fundamentos*, pp. 235 a 293; *Insight...*, Cap. XVIII, *The Possibility of Ethics*, pp. 595 a 633.

e) Esquemas generalizables

Esta nota final tiene por objeto clarificar el papel que desempeñan las teorías de la historia y los 'tipos-ideales' o modelos, en la composición de la historia.

B. Lonergan entiende por una teoría de la historia no la aplicación a la historia de alguna teoría científica, filosófica o teológicamente establecida. Dichas teorías tienen sus modos de validación propios y deben juzgarse según sus propios méritos; es evidente que amplían el conocimiento del historiador y hacen que sus aprehensiones sean más precisas; pero no constituyen conocimiento histórico, sino que más bien, lo facilitan (47). Una teoría histórica, añade, es aquella que va más allá de sus bases filosóficas, científicas o teológicas para establecer proposiciones acerca del curso actual de los acontecimientos; deben criticarse a la luz de sus supuestos filosóficos, económico-políticos o teológicos. De todos modos, nunca agotan la complejidad de la realidad histórica y pueden más bien convertirse en modelos a grande escala.

Max Weber, en su *Metodología de las Ciencias Sociales* (48) señala que los 'tipos-ideales' o modelos, no son ni una descripción de la realidad ni una hipótesis sobre la realidad; son más bien constructos teóricos en donde se relacionan inteligiblemente los posibles acontecimientos para constituir un sistema internamente coherente. Tienen utilidad heurística y positiva, o sea que sugieren y ayudan a formular hipótesis. Cuando una situación concreta se aproxima al constructo-teórico, puede guiar el análisis de la situación y promover una comprensión clara de ella. Ahora bien, cuando la situación histórica satisface las condiciones del constructo, la situación se ilumina enormemente; si no satisface las condiciones, por lo menos posibilita señalar las diferencias que, de otro modo, pasarían completamente desapercibidas. Pero, en la construcción misma del modelo se presentan dificultades; si es sumamente rico e iluminador habrá más dificultad para su aplicación; si es muy pobre y restringido ya no contribuye en nada para la historia. El historiador no puede confiarse ingenuamente de los modelos, ni de los datos; la labor del historiador alcanza objetividad por la mediación de los modelos, por el dominio y familiaridad que tenga con sus procedimientos de trabajo, por la colaboración dinámica del grupo de historiadores e investigadores con sus críticas fundadas. Entre más ciencias sociales, filosofía e interpretación posea un historiador, serán más balanceados y objetivos sus juicios; habrá mejor aporte para las perspectivas políticas presentes; dará lugar para debates filosóficos pertinentes al ser mismo del hombre en sus lugares y tiempos particulares.

(47) *Method...*, pp. 228—9.

(48) *The Methodology of the Social Sciences*, New York, Free Press, 1949, pp. 89 ss.